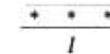


América Latina y el fin de la Guerra Fría

Jorge G. Castañeda

Con el fin de la Guerra Fría se abre para América Latina una nueva etapa de sus relaciones con Estados Unidos. En efecto, como se plantea en el presente ensayo¹, los viejos patrones de la política antisoviética a partir de los cuales la gran potencia norteamericana se ha relacionado con sus vecinos del sur, pierden su sustento ideológico, si bien podrían encontrar un sucedáneo en la temática del narcotráfico y en el fenómeno de la inmigración masiva de latinoamericanos.



CUALQUIER COSA QUE OCURRA finalmente en China, la Unión Soviética y Europa del Este, de todos modos el fin de la Guerra Fría ya ha afectado al resto del mundo en forma extraordinaria. Obviamente, Europa Oriental ha experimentado una transformación radical de las relaciones internacionales mucho más fuerte que la de la mayoría de las regiones, pero las consecuencias a largo plazo para otras áreas del globo no necesariamente son menos significativas. Ello es particularmente evidente en lo que usualmente llamamos el Tercer Mundo. Si alguien ha tenido que soportar el peso más arduo del carácter destructivo de esta guerra no declarada, ese alguien es el pueblo de las pobres y atrasadas naciones de África, Asia y América Latina que, por casi medio siglo, han servido de campo de batalla y sobre el cual la confrontación "fría" o "templada" de las superpotencias se ha "recalentado" sistemáticamente.

La lista de conflictos Este-Oeste en el hemisferio sur, desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial, es interminable. Se extiende desde las luchas de descolonización de las décadas de 1950 y 1960 hasta las batallas ideológicas de comienzos de los 80. Va desde los arrozales del sur del Asia hasta las colinas y junglas de Centroamérica, de los helados desfiladeros de Afganistán hasta los sofocantes trópicos del África suroccidental. Por tanto, si para los norteamericanos, los soviéticos e, incluso, los europeos, la asombrosa disminución de las tensiones arrastra consigo virtualmente la

II TRIMESTRE 1991

eliminación del riesgo de una guerra nuclear, para los habitantes de las regiones más pobres del mundo implica el mismo alivio de la amenaza de su extinción más un dividendo extra: la esperanza de que uno de los principales factores que han exacerbado el conflicto sobre su suelo por casi medio siglo va a desaparecer igualmente.

Para Latinoamérica, los efectos de la conclusión de la Guerra Fria son combinados: existe un lado positivo obvio, así como otro de implicaciones negativas. Las consecuencias favorables más evidentes se relacionan con las políticas de Estados Unidos hacia la región. Pese a la reciente invasión de Panamá por las tropas norteamericanas, existen razones de toda índole para creer que la situación internacional actual habrá de influir decisivamente en la forma como maneja Estados Unidos el hemisferio en general, y los problemas de cambio social, revolución y reformas de América Latina en particular. Al reducir (y finalmente eliminar) la realidad y la suposición de una amenaza soviética a la seguridad de ese país en esta parte del globo, las nuevas relaciones de las superpotencias consisten en redefinir los estreñimientos y márgenes de la política de Washington hacia Latinoamérica. El apuntalamiento geopolítico, básicamente antisoviético, de los programas norteamericanos hacia el hemisferio se está debilitando.

En gran medida, el antisovietismo de Estados Unidos es ya un anacronismo, incluso si las consecuencias de su eliminación no son todavía enteramente visibles para todos. Nunca recibió externamente el mismo apoyo que tuvo dentro de sus fronteras. Incluso en lo más álgido de la Guerra Fria, raramente obtuvo Washington el respaldo del resto del hemisferio (sin hablar del resto del mundo) cuando insistió en intervenir en los asuntos latinoamericanos. Su planteamiento antisoviético de las cuestiones del subcontinente fue secundado plenamente solamente una vez por toda la región: durante la crisis de los misiles cubanos, cuando la amenaza a la seguridad de Estados Unidos parecía ser realmente indiscutible. La suspensión de las relaciones diplomáticas con Cuba, y, en varios casos, de las económicas, por parte de la mayoría de los países de América Latina, fue algo digno de mención ante todo por su excepcionalidad, y únicamente como reacción a poderosos impulsos locales anticomunistas.

Virtualmente ninguna nación latinoamericana siguió a Estados Unidos en sus acciones contra Perú a fines de la década de 1960, ni contra el Chile de Allende a comienzos de los 70, ni contra Nicaragua después de 1981. En lo que concierne al resto del mundo, la retórica y la estrategia antisoviéticas de Washington en el hemisferio fueron vistas más como la manera de defender otros intereses que como una base política genuina. Pero, internamente, en la medida en que hubiese patrocinio para involucrarse en la región, ello se debió principalmente al apoyo de sectores de la sociedad norteamericana que estaban realmente convencidos de la existencia de una amenaza soviética contra su país "en su propio patio trasero".

Como en el caso de todos los fundamentos ideológicos de sus asuntos extranjeros, la hostilidad de Estados Unidos hacia la presencia o los amagos soviéticos en América latina tenía algunos visos de realidad y, a la vez, constituyó un arma para reunir a los políticos domésticos alrededor de

medidas que, generalmente, buscaban otros objetivos. El antisovietismo norteamericano no fue ni totalmente cínico o fraudulento, ni tampoco altruista como excusa válida para intervenir en el área. Pero constituyó un ingrediente indispensable de la política estadounidense en la región. Sin él, los casos de la Bahía de Cochinos y la Alianza para el Progreso, del apoyo de Washington a las dictaduras basadas en "la seguridad nacional" en Brasil, Uruguay, Bolivia, Argentina y Chile en los años 60 y a partir de los 70, de los sucesivos rescates de la multibillonaria deuda en dólares de México y de la ayuda de los Contras de Nicaragua en la década de 1980, resultan incomprendibles.

Ante la actual tendencia que muestran las superpotencias hacia relaciones más cálidas, las motivaciones tradicionales de Estados Unidos, así como sus pretextos de costumbre para intervenir en América Latina, inevitablemente terminarán por desgastarse. Es obvio que, de todos modos, seguirán inmiscuyéndose en los asuntos del hemisferio (Panamá es claro ejemplo de ello) y es posible que continúen oponiéndose a ciertas formas de cambio social en la región. Pero ya no podrán hacerlo invocando inquietudes geopolíticas o de seguridad relacionadas con la Unión Soviética. Simplemente, las justificaciones habituales de Washington para involucrarse militarmente en los asuntos latinoamericanos ya no son válidas ni verosímiles. A este respecto, incluso la reciente intrusión en Panamá difirió radicalmente de otros casos previos de intervención en Latinoamérica. En ningún momento la Administración Bush excusó o explicó esa sección con pretextos tales como la Guerra Fria o la amenaza soviética; no hubo razón alguna aducida por la Casa Blanca que estuviese relacionada con la rivalidad entre las superpotencias.

II

ESTE CAMBIO POSITIVO, que indudablemente aumenta el campo de acción disponible para muchas de las naciones de América Latina, trae también consigo un buen número de desventajas fundamentales. La más grave, quizás, deriva directamente de la eliminación de las bases antisoviéticas de la mecánica hemisférica de Estados Unidos. Gorbachov los dejó sin adversario en un área en la que el enemigo, aunque innegablemente real para ellos, nunca estuvo ni tan presente ni fue tan avasallador como lo hicieron parecer. Como resultado, unos motivos sustitutos (la lucha antinarcóticos y, en menor grado, los frenos a la inmigración) están llenando rápidamente el vacío. El Imperio Maligno (soviético-comunista), al oriente, ha retrocedido para dar paso, al sur, a la barriada pobre del mal (productora de drogas-generadora de inmigrantes indeseables).

El surgimiento del narcotráfico como faceta importante de la política norteamericana hacia la región no comenzó con el deshielo de las relaciones entre Este y Oeste. La imposición de las leyes antidrogas ha tenido un papel significativo en el comportamiento de Estados Unidos hacia México, los países andinos y Cuba durante un buen número de años. Este papel ha sido fuertemente "intervencionista", con los narcóticos sirviendo de ve-

hículo para la intromisión de Washington en los asuntos internos de muchas naciones latinoamericanas. En el transcurso del tiempo han ido surgiendo formas altamente intrusivas de cooperación: entre ellas el apoyo de Estados Unidos a las autoridades colombianas contra el narcotráfico (extendido hasta la contraguerrilla); el establecimiento de una base de la DEA (la Administración Antidrogas) en el Valle Alto de Huallaga en las tierras altas peruanas; el envío de destacamentos militares norteamericanos a Bolivia en 1987; y, más recientemente, el secuestro de un ciudadano mexicano en su propio país con el fin de llevarlo a juicio en Estados Unidos por estar implicado en la muerte de un agente de la DEA. Sin embargo, aunque el narcotráfico ha sido por mucho tiempo un problema en los tratos entre norteamericanos y latinoamericanos, es únicamente ahora, con el advenimiento de la era de la droga en la política interna de Estados Unidos y la desaparición de otras justificaciones ideológicas para intervenir en América Latina, que el asunto ha adquirido la importancia que tiene hoy en día en las relaciones hemisféricas.

No fue entonces por accidente que la invasión a Panamá se mostró subliminalmente al público al menos como una acción motivada por la droga (es decir, que la popularidad de que gozó entre los norteamericanos se debió grandemente a la idea de que Noriega era un narcotraficante). La primera intervención de Estados Unidos en América Latina que no tuvo el empaque de la Guerra Fría, fue igualmente el intento inicial de ese país de justificar el uso de la fuerza en el exterior con el pretexto de imponer la ley antidrogas. Por supuesto, esta sustitución en la que los narcóticos reemplazan a la Unión Soviética como nueva amenaza para la seguridad nacional estadounidense, no se ha limitado solamente a Panamá. La creciente militarización de la frontera con México, el amago de enviar una fuerza operante de portaaviones para misiones especiales a las aguas internacionales de la costa de Colombia (sin consultar a las autoridades colombianas), y el engrandecido papel del ejército en el patrullaje de las rutas en el Caribe, todo ello demuestra que las drogas han pasado a ser algo de mayor importancia que un simple asunto más en la agenda interamericana. Se está convirtiendo velozmente en un problema hemisférico con peligrosas implicaciones para la soberanía de los latinoamericanos, a medida que Estados Unidos va imponiendo continuamente otras formas de cooperación cada vez más intrusivas.

La inmigración no ha llegado a ese estado todavía, en parte por la ausencia de un consenso interno en Estados Unidos y en parte porque su impacto emocional no es aún comparable con el de las drogas. Pero, con toda probabilidad, el problema evolucionará a medida que los efectos imprevistos de la Ley de Control de Inmigración de 1986 (principalmente, un notorio, masivo y continuo flujo de extranjeros indocumentados) se hagan más aparentes, y las consecuencias de los diez años de estancamiento económico en América Latina (enorme desempleo, salarios cada vez más bajos y el consiguiente éxodo en masa hacia el norte) se hagan sentir.

Mientras esto ocurre, existen toda clase de razones para temer que la inmigración habrá de ocupar un lugar de creciente importancia en la política exterior de Estados Unidos hacia los países generadores de movimien-

tos migratorios, en vez de tratarse de una cuestión doméstica con implicaciones esporádicas y secundarias en el aspecto externo. Si la entrada de extranjeros (legal o no, con documentos o sin ellos) comienza a ser sentida como una amenaza significativa contra el bienestar, la seguridad del país e, incluso, la identidad nacional, podemos estar seguros de que el asunto de la inmigración será tratado exactamente de la misma manera que el de las drogas. Nuevamente se buscarán por fuera las raíces del problema (quizás en forma más justificable en este caso) y se insistirá cada vez más en localizar las soluciones hipotéticas en las naciones de origen de los inmigrantes.

No obstante, a largo plazo, es dudoso que todos estos elementos sustitutos de la base de la política antisoviética de Estados Unidos hacia Latinoamérica sean tan efectivos o tan dañinos para la soberanía del subcontinente y su libertad de acción como los que los precedieron. Las drogas y la inmigración son temas menos universales, menos abarcadores y menos resistentes ideológicamente que el anticomunismo. Carecen del tipo de consenso interno sin el cual jamás llegarán a ser duraderos. Pero, a corto plazo, pueden generar más tensiones y resultar mayormente perniciosos para los intereses latinoamericanos que las filosofías en pugna de la Guerra Fría. Estas cuestiones están más directamente vinculadas a las políticas internas de Estados Unidos; afectan nervios más sensibles y más emocionales que cualquier consideración estratégica geopolítica; se prestan a formas más intervencionistas de cooperación. Sacan a flote lo peor de la conducta internacional norteamericana (su arrogancia, su fariseísmo y su creencia en la posesión absoluta de la verdad y la razón, su omnipotencia), y subliman lo mejor (la generosidad, el multilateralismo y la adhesión a sus principios).

Esta desafortunada tendencia podría agravarse si los hechos terminan por confirmar la tesis de la "Fortaleza norteamericana". Muchos pensadores latinoamericanos y de otras nacionalidades han insinuado que, a medida que surgen en Europa y en Asia nuevos bloques comerciales regionales y Estados Unidos continúa perdiendo su relativa fuerza en la economía mundial, regresarán entonces a su tradicional esfera de influencia sobre América Latina en una especie de "aislacionismo hemisférico". Por ende, las drogas y la inmigración no solamente constituirían justificaciones para intervenir y cercenar la soberanía latina, sino también para cubrir y revestir una nueva y puramente económica expresión de la Doctrina Monroe. Aunque puede llegar a parecer un tanto exagerada, y tal vez reflejo de un grado excesivo de sobrestimación latinoamericana, esta opinión es ampliamente compartida. Y puede no resultar del todo falsa.

Es factible que a América Latina la afecte también adversamente, en forma diferente, la conclusión de la Guerra Fría. El fin de la rivalidad de las superpotencias, como la conoció el mundo, implica la eliminación de un contrapeso en los asuntos internacionales que demostró ser útil en el pasado para muchas naciones de este hemisferio. Muy pocos de los gobiernos del continente se atrevieron realmente a oponer a un poder contra el otro como si lo hicieron frecuentemente ciertos regímenes en distintas partes del mundo (Norte y Sur). La táctica ejercida en la India, en China, en Egipto, e inclusive en Francia, de coquetear con una superpotencia con la finalidad de

congraciarse con la otra, nunca fue algo enteramente imaginable en América Latina, e imitado únicamente en casos excepcionales o extremos. La adquisición de MIGs soviéticos en la década de 1970 por parte de los militares peruanos, la venta de grano a la Unión Soviética por la Argentina durante el embargo que le fue impuesto por Estados Unidos en 1980, y otros ejemplos muy poco significativos, se pueden contar con los dedos como precedentes en este aspecto.

No obstante, la importancia de un contrapeso ha sido bastante evidente, ya sea en la forma del bloque soviético, o de la "opción japonesa" (siempre presente pero, como un espejismo, jamás materializada en lo que respecta a América Latina) o, incluso, Europa Occidental que, durante la década de 1970 y a comienzos de la de 1980, fue cortejada, y más especialmente sus partidos socialdemócratas, por muchos gobiernos latinoamericanos como posible socia alternativa en lugar de Estados Unidos. La crisis centroamericana, en particular, aumentó tanto la necesidad como la viabilidad de la participación de la Internacional Socialista en los asuntos del hemisferio. Para América Latina, una de las paradojas más trágicas es que, en el mismo momento en que la Unión Soviética y el "bloque socialista" desaparecen como efectivos contrapesos, Europa Occidental insinúa un retiro gradual de su escasa participación en el continente, precisamente por los acontecimientos que tienen lugar en Europa del Este. Inevitablemente, la evaporación de este otro balancín hará más significativa aún la falta del soviético (nunca verdaderamente utilizado, pero al menos siempre a mano).

La idea más explícita de un mecanismo disuasivo contra las ambiciones y la rienda suelta de Estados Unidos estuvo siempre presente en la mente de muchos líderes políticos latinoamericanos. Parecía evidente en sí mismo el concepto de que la existencia de un "otro lado" (de otra superpotencia igual a Estados Unidos en lo militar, y quizás hasta políticamente), constituía un freno adecuado e incluso efectivo a las políticas norteamericanas. Estados Unidos no podría hacer todo lo que se le viniera en gana en América Latina, simplemente porque, entre otras cosas, la regla de las simetrías en el mundo entero, y de la acción y la respectiva neutralización o acción contraria, era parte del juego pese al reconocimiento y a la tácita aceptación por parte de los soviéticos de la esfera de influencia de los norteamericanos. Según la teoría, si Estados Unidos intervenía descaradamente en esa área, o pasaba por alto las normas básicas de la conducta o de las leyes internacionales, entonces la Unión Soviética aprovecharía esas violaciones para obrar en contra de Washington quizás no exactamente en América Latina pero sí ciertamente en cualquier otra parte. Las políticas de Ronald Reagan en Centroamérica demostraron que este punto de vista sobre la rivalidad de las superpotencias era ingenuo, por no decir otra cosa. Y las acciones de George Bush en Panamá, desde la misma invasión hasta las acometidas contra las embajadas de Nicaragua y Cuba, sin mencionar la legación del Vaticano durante la permanencia allí de Manuel Antonio Noriega, ilustran todavía mejor el hecho de que el disuasivo soviético ya no estaba funcionando. Estados Unidos no tenía razones para temer represalias en ninguna parte del mundo por haber violado todas las reglas imaginables del protocolo diplomático, la impunidad y el asilo.

PESE A LAS CONSECUENCIAS GRAVES y potencialmente negativas de estas tendencias, la inquietud más grande que ha generado el fin de la Guerra Fría entre los latinoamericanos es de índole económica. A sus gobiernos y élites, particularmente aquellos que han especulado sobre fondos externos para su reestructuración interna paralelamente a las llamadas líneas del mercado libre, les preocupa que los acontecimientos que han tenido lugar en Europa del Este les reduzcan las posibilidades de obtener los recursos que necesitan.

El problema presenta tres aspectos separados, pero todos se reducen a uno solo: la sensación que cunde en Latinoamérica de que ahora hay más países compitiendo por el mismo pastel, y que quedará poco que alcance para todos.

En primer lugar, los países más grandes temen que los flujos de inversiones y créditos privados serán desviados de su región hacia los nuevos capitalismos de Europa del Este. Este fue claramente el telón de fondo para los viajes a Europa y Asia realizados a comienzos y a mediados de 1990 por los presidentes Carlos Salinas de Gortari, de México, y Fernando Collor de Mello, del Brasil. Los dirigentes de las mayores economías del continente subrayaron su interés en que, citando las palabras del Presidente Salinas, "la fascinación mundial con los sucesos de Europa Oriental no vaya a distraer la atención, ni tampoco los recursos, de los demás países". Pero la motivación de estas giras fue ante todo el temor de que los acontecimientos europeos ya estuvieron provocando precisamente esas consecuencias.

A corto plazo, y en términos agregados, no parece que esta preocupación específica se encuentre bien cimentada. Aunque es indudable que algunas inversiones y créditos originalmente destinados a México y a Brasil pueden finalmente ir a parar a Hungría, Polonia o Checoslovaquia, ciertamente esta gota desviada no va a convertirse en una pleamar de la noche a la mañana. Únicamente en el caso de Alemania Oriental es posible asegurar que flujos substanciales de inversión extranjera se harán sentir allá de inmediato; y no hay evidencia alguna en cuanto a que, de otra manera, habrían sido canalizados hacia América Latina. En relación con unas expectativas razonables, tanto en materia de créditos como de inversiones dentro de las mayores economías latinas, la pérdida neta para el Este de Europa debería ser insignificante a corto plazo. Las anteriores economías socialistas no pueden absorber rápidamente enormes cantidades de fondos provenientes del exterior, además de que las compañías y los bancos poderosos no van a lanzarse a correr aventuras románticas; y jamás ha habido mucho dinero disponible que digamos para América Latina, en primer lugar.

El miedo de los latinoamericanos a ser dejados por fuera tiene mejores fundamentos en lo que respecta a los flujos financieros oficiales y multilaterales. Es obvio que el Congreso de Estados Unidos, el gobierno del Japón y la Comunidad Europea (especialmente la antigua Alemania Federal) están muchísimo más deseosos de canalizar hacia Europa Oriental que hacia América Latina los fondos de los contribuyentes, directa o indirectamente. Ejemplos inmediatos y decisivos de esta intención, entre otros,

son los paquetes de ayuda del Congreso norteamericano para Polonia y Hungría, la reducción del apoyo japonés a Latinoamérica de 10 a 4 mil millones de dólares durante los próximos cinco años (los 6 mil millones restantes fueron vueltos a asignar a Europa del Este) y el establecimiento de un Banco Europeo de Reconstrucción y Fomento.

La desviación de los flujos de la ayuda oficial de los gobiernos afectan especialmente a las naciones latinoamericanas receptoras de los auxilios, especialmente a Brasil, México y Argentina, que únicamente obtienen de Estados Unidos y Europa asistencia marginal oficial para el desarrollo (la de Japón en este sentido es relativamente más importante). Por lo tanto, la inquietud es todavía mayor en las naciones más pequeñas del continente, que tradicionalmente han contado con el soporte norteamericano y que, en algunos casos como los de Nicaragua y Panamá, lo necesitan enormemente, al menos para compensar las pérdidas de su reciente destrucción fraguada por Estados Unidos. Pero la otra faceta de este problema (los recursos del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional —FMI—) afecta directamente al hemisferio entero, y puede llegar a tener un impacto todavía más devastador sobre las mayores economías que en cualquier otro lugar.

Aunque el Banco Mundial y el FMI siempre han tenido un papel preponderante en la provisión de fondos para Latinoamérica, nunca había sido tan decisivo como ahora. Indudablemente, los mayores paquetes de reestructuración de la deuda de los últimos años, incluyendo los recientes acuerdos mexicanos y venezolanos, todos han estado basados en el análisis final de una sustitución o canje ("swap") de préstamos comerciales bancarios tradicionales sobre la balanza de pagos por otros multilaterales. Más aún: como este proceso ha continuado por algún tiempo, los pagos de la suma principal de acuerdos relativos a la deuda previa están comenzando a vencerse, a medida que van concluyendo los períodos de gracia. Dado que el Banco Mundial no rota los pagos de capital sino que, en teoría, otorga nuevos créditos para mantener flujos positivos con sus receptores, mayores empréstitos nuevos se han convertido en una necesidad para gran parte de los países latinoamericanos, únicamente para permanecer en su lugar, sin hablar de compensar créditos comerciales bancarios pasados. Ahora, la concesión de préstamos a Europa Oriental ejercerá inevitablemente grandes presiones sobre las capacidades de estos organismos prestamistas. Los incrementos de capital para el FMI y el Banco Mundial podrán facilitar las cosas, pero la competencia por una más amplia consolidación de fondos, estimulada por tales incrementos, puede invalidar su efecto en lo que respecta a América Latina.

Más allá del constreñimiento financiero inmediato que puede llegar a sobrevenir como resultado de los sucesos que se desarrollan en lo que alguna vez fue conocido como el "bloqueo socialista", existe en este aspecto de la conclusión de la Guerra Fría una consecuencia subyacente que puede ser más intangible. Por ahora, la atención ha sido desviada: América Latina está menos que nunca a la vista del público en una posición sobresaliente dentro de los asuntos mundiales. Y ser objeto de atención le es decisivo, puesto que el tipo de consolidación de fondos externos que gobiernos como los de Salinas de México, Collor de Brasil, Menem de Argentina y Pérez de Vene-

zuela están tratando de atraer es privada, diversa, y por lo menos parcialmente pequeña y de mediana escala. Las grandes corporaciones multinacionales o los megabancos no tomarán decisiones memorables con base en titulares de prensa, ni siquiera en "perturbaciones atmosféricas". Pero las pequeñas o medianas empresas o las grandes compañías sin experiencia en el exterior sí actúan, en cierto grado, fundamentándose en un sentimiento general y en un clima de negocios superficialmente positivo.

El hemisferio está lamentablemente pasado de moda, quizás atrasado de noticias. Y, a medida que transcurre el tiempo, posiblemente se demostrará que sus inquietudes sobre la distracción del mundo a su respecto están bien justificadas.

Paradójicamente, al cabo de tantos años de preocuparse y molestarse por la excesiva intervención de Estados Unidos en la región, es probable que muy pronto esté sufriendo América Latina por la indiferencia de estos mismos Estados Unidos, añadida a la relativa falta de interés típica del resto del mundo. A medida que se desvanece la motivación geopolítica norteamericana en relación con la región, también sus componentes económicos pueden llegar a encogerse. Bien puede ser que el hemisferio tenga que enfrentar la perspectiva de una "africanización": la condenación a los márgenes de los flujos financieros y comerciales del globo y también inevitablemente, al abandono y a la insignificancia. Y bien puede ser que se encuentre atrapado en el embrollo de una perversa y contradictoria tensión: entre nuevas formas de intervención norteamericana en las políticas internas latinoamericanas y nuevas demostraciones de la frialdad de Estados Unidos y del mundo ante sus necesidades.